

25 ensayos desde la pandemia para imaginar el Perú bicentenario

Lima: Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú,
2020, pp. 209.

Sección RESEÑAS

RECIBIDO: 24/08/2020

APROBADO: 15/09/2020

PUBLICADO ONLINE: 26/10/2020

La totalidad de los pueblos es aquello que han de representar los diversos imaginarios de una conmemoración que traen a la memoria colectiva los ideales de una nación cuando se quiso independiente. La coyuntura de la Covid-19 es coincidencia tan infortunada como ocasión propicia que devuelve a la sociedad peruana el sentido esquivar o afrontar sus problemas y oportunidades. Por razones etimológicas y epidemiológicas la pandemia nos une, por cuestiones ontológicas no nos halla como un pueblo en su totalidad. En las diferentes miradas expuestas en los textos de los veinticinco autores encuentro meditaciones de hondo significado para encaminar un diálogo abierto y continuo que tenga como horizonte revolucionar el pacto social y la articulación cultural del Perú republicano bicentenario.

El libro recopila las voces de ciudadanos cuyo trabajo tienen reconocimiento en el ámbito de lo público, expresado como saber del orden de lo social, de lo político, desde distintas aproximaciones y trayectorias disci-

plinarias. La historiadora Carmen McEvoy, en «Bicentenario republicano: dolor, resiliencia y esperanza» plantea tres razones por las cuales el proyecto de república no logró sus propósitos: 1) El desinterés por el bien común; 2) el desprecio por el otro, a quien se considera inferior; y 3) una incapacidad de tender puentes con los que discrepan de uno. Hace el esfuerzo por apelar a la esperanza, a pesar de nuestro desmejorado estado de ánimo frente al bicentenario, con el dolor a cuestas, nos pongamos a reflexionar sobre los ideales de justicia e igualdad dejados en el pasado, para que una vez acabado lo peor del temporal tengamos aliento para «construir una república en la que todos los peruanos sean representados, apreciados y, sobre todo, amados». Necesitamos un proyecto común, es claro.

Delfina Paredes, vallejana y actriz, posa sus inquietudes bicentenarias sobre las estructuras viales que vinculan los pueblos al interior de la república. Su prosa delata la oportunidad que el Perú perdió cuando el Es-

tado cedió y abandonó las articulaciones que gestaron los proyectos ferroviarios del siglo XIX. La utopía para facilitar la comunicación, el andar lejano y los intercambios culturales merecen recuperarse. El artículo de José Carlos Agüero sintetiza la indignación que surge de los recuerdos históricos que llama «nuestra tradición de vergüenzas», donde luego del continuo abandono del tejido social, la llegada de la pandemia nos deja a orillas del nuevo colapso. El escritor nos propone que es tiempo de construir la «Memoria del futuro», negar una nueva normalidad y apostar por «la renovación de lucha por más ciudadanía, por más vida, vida digna».

Francesca Denegri actualiza la definición del Estado empírico con la cruda imagen gráfica de una camioneta rural con la que circulamos en todas nuestras localidades, «con embrague roto, frenos vaciados, radiador picado y un motor que sobrecalienta, esta combi cochambrosa tiene afortunadamente, además de chofer confiable, el tanque de gasolina lleno». Donde se podría añadir que repetimos la fatalidad suicida de una tripulación que se pelea por el timón al borde del abismo. Es así que la fragilidad institucional del Estado, con un territorio abandonado y sin la posibilidad de generar un sentido de identidad colectiva nos coloca ante la inviabilidad como país. El antropólogo Alberto Chirif da lectura a la mezcla de situaciones históricas que tienen como hilo conductor a la corrupción que hoy se armoniza con el sistema neoliberal, al lado de la máxima de que «el mercado se regula por sí mismo», ahora se acondicionan los

males de nuestra sociedad: «autoritarismo, traiciones, engaños, patriotismo de fantasía, pequeñez de pensamiento, racismo y otras». Su preocupación se dirige hacia las comunidades indígenas de la selva, que reciben el desprecio por su organización social, vidas y propuestas. Comunidades que son cargadas de sentidos esquizofrénicos, para convertirlos en objetos de culpa por el atraso del país.

Dentro de la obra, Reber Yahuarcani eleva una voz colectiva en solitario desde el mundo indígena, desde comunidades que, en esta situación de pandemia, viven aisladas y sin recursos para enfrentar la muerte que trajo el coronavirus. La sabiduría que Yahuarcani nos revela es alentadora para renovar los ideales del bicentenario, su pregunta trasciende ¿Qué es un indígena en el siglo XXI? Su respuesta ha de recorrer las mentes de nuestra ciudadanía «Es una persona que conoce su pasado, lo respira, lo vive, lo disfruta, se siente orgullosa de él y lo comparte. Que tiene una misión y una responsabilidad con sus ancestros. Que lucha y busca mejorar las condiciones de vida de su comunidad. [...] Que clama un lugar en la historia del país. [...] Que protege su espacio natural. Es un ser humano con una gran tarea». Y aunque con lo dicho es suficiente para adherirnos a la historia indígena, nos lanza la invitación «a ser indígenas y a construir algo nuevo, un país más grande, fuerte, más digno, donde nos sintamos orgullosos de haber hecho algo para cambiar nuestro espacio y nuestro mundo».

El escritor Luis Nieto propone la marcha del bicentenario hacia las mayorías del país

informal y desbordado, al esfuerzo y empeño por arreglar una nación sin proyecto claro. Piensa en la esperanza que puede dejar la pandemia como catalizador social y la apuesta «por un proyecto de nación que deje atrás los vaivenes de las últimas décadas y avance firme hacia un Perú que reconcilie a todas sus sangres». Manuel Burga reflexiona acerca del signo de la crisis que define el periodo colonial, que para la población indígena implicó una crisis estructural que alteró sus condiciones biológicas, sociales, económicas y espirituales. El historiador nos recuerda que las pandemias no afectan a todos por igual, que en nuestro pasado la fatalidad alteró la vida de los que fueron subyugados y reforzaron la existencia de las élites y beneficiarios del sistema.

El reconocido arqueólogo Walter Alva, en su texto «El antiguo Perú frente al bicentenario», recupera las lecciones de nuestros pueblos milenarios que también afrontaron enfermedades, nos recuerda que toda catástrofe puede ser superada con organizaciones sólidas, solidarias y planificadas. Eduardo Adriansén, como guionista, nos advierte acerca de la ficción contenida en el horror que deja los azotes de la pandemia, así, abraza la esperanza de que el miedo-pánico no se convierta en la realidad. María Mannarelli coincide en la manera de acercarse a la historia tocada por inquietudes presentes, una de ellas es la independencia de las mujeres. Es obligatorio pensar que hoy «La independencia se lucha en casa», como titula su texto. Las mujeres son literalmente

golpeadas, son víctimas de la violencia doméstica machista, problema que agudiza el estado de confinamiento, sin salida, donde la pandemia remarca la indolencia del Estado y sus instituciones. Mannarelli pone sus esperanzas en la inspiración y creatividad como salida, como independencia.

María Pía Costa, psicoanalista, nos muestra las difíciles situaciones a las cuales se enfrenta nuestra salud mental colectiva frente a la pandemia. Este presente nos obliga a prescindir de los rituales de duelo por la muerte, nos arroja al individualismo del «sálvese quien pueda y como pueda» y del ver al otro como enemigo, pero, que en contradicción, necesitamos el ser colectivo para sostenernos en vida. Un camino que, para Costa, nos debe llevar a que la solidaridad sea una necesidad y urgencia en el proyecto del bicentenario. Desde un plano arquitectónico de lo social, Luis Rodríguez, hace una crítica desde la visión de las obras que faltan por hacer en cada comunidad. La falta de proyectos para lograr igualdad de oportunidades, nos dan razones para no celebrar el bicentenario. Sin embargo, demuestra que sí hay razones para conmemorar haciendo «sentir la decepción y el desasosiego, para reclamar las promesas incumplidas y la falta de oportunidades, para enrostrar la injusticia y la desigualdad». Perennizar la performance de un grito indignado en cada proyecto conmemoratorio «contra lo que se debió hacer y no se hizo», es su apuesta de intervención pública.

El físico Alberto Gago y el sociólogo Ezio Neira se enfocan en el apoyo de la ciencia y

del conocimiento que irradian las bibliotecas públicas. Gago alude a la investigación científica como una actividad vital, que tiene la potencialidad de asegurar la vida. A su turno, Neira aboga por el rescate de las bibliotecas públicas como fuente de desarrollo de la vida comunitaria.

Para el exministro de Ambiente, Manuel Pulgar, con la emergencia e incertidumbre que caracterizan el tiempo actual, este no parece ser el momento apropiado para construir una visión compartida. Sin embargo, la idea de un proyecto de nación es una urgencia, así como, considerar la interculturalidad, inclusión y cohesión social en la diversidad para construir un país que trascienda nuestra temporalidad. Eduardo Tokeshi, artista plástico, también asume el bicentenario como desafío del proyecto país, que nos una de verdad en el sentido de ser peruanos. En tanto, Guillermo Nugent halla utilidad en la cuarentena para pensar el bicentenario desde una perspectiva diferente al retorno a la “normalidad de antes”, a las formas de reproducción histórica de la desigualdad. A Nugent, le preocupa la consistencia de los sistemas sociales que se ha puesto a prueba en tiempos de cuarentena, reflexiona en que nuestro desafío será mantener el grado de cohesión social y nos queda como aprendizaje el «cultivar una voluntad colectiva para afirmar nuestra consistencia social».

Cecilia Bákula, historiadora, haya motivos para repensar el conmemorar el bicentenario de la proclamación de la independencia el 28 de julio de 2021. Argumenta que hubo una serie de acontecimientos históricos previos

que pasaron inadvertidos y dejaron de conmemorarse. Por desventura fueron hechos que reflejaban la participación sustancial de las provincias. Un reflejo de la desintegración y centralismo pendientes a afrontar. Su propuesta es proyectar la celebración y reflexión del bicentenario hacia las batallas que sellaron la independencia de los países de la región en 1824, Junín y Ayacucho como logros colectivos, «El Perú requiere de un sello de esperanza e ilusión por un futuro mejor. Ayacucho aporta todos los elementos para afianzar identidad, orgullo, valentía y eficacia en la acción». Es una propuesta que nos da un mejor tiempo y ventaja en el transcurso al bicentenario. El politólogo Martín Tanaka recoge una premisa que ha asumido la sociedad peruana frente a la pandemia, en cuanto a que la tragedia ha nos ha enrostrado a gritos nuestra precariedad, nuestras desigualdades y demás problemas estructurales como Estado. Tanaka percibe la necesidad de una narrativa de nuestra historia que dé cuenta del azaroso camino recorrido, en el cual, a pesar de las limitaciones, hemos fraguado un proyecto de nación. Un proyecto «que ha dado lugar a una identidad nacional», pero que, paradójicamente, aún requiere ser incluyente para ser viable.

La socióloga Sofía Macher aborda el gobierno y ciudadanía digital como un desafío-país impostergradable, es una capacidad que nos ha faltado para afrontar los problemas que agudizó la crisis sanitaria durante la pandemia. Macher destaca la transformación digital en diferentes sectores (economía, educación, salud, justicia

entre otros), insta a cerrar las brechas de infraestructura y de conectividad para lograr igualdad de oportunidades. Alonso Cueto, escritor, parte de la idea de que hemos vivido la historia como condena y no como oportunidad, es el motivo de por qué por mucho tiempo nuestra diversidad nos fue ajena. Sin embargo, ante la crisis de la pandemia tiene una mirada más optimista, que se afirma en el avance de la idea del Perú más inclusivo, a diferencia de otros periodos republicanos.

Tres filósofos, Miguel Giusti, Pablo Quintanilla y Zenón de Paz cierran el conjunto de las reflexiones de la coyuntura de pandemia de Covid-19 y los albores del bicentenario del Perú. Giusti nos introduce al problema ético de la "normalidad" que hemos aceptado y convivido con ella, sin embargo, nos anima a no sucumbir al «pesimismo por el retrato del país que nos ha dejado el tiempo detenido de la pandemia». Pablo Quintanilla expresa optimismo y apoya sus anhelos en que «El surgimiento de esa cultura popular, mestiza y creativa, acompañada de la globalización de la educación y de una actitud de mayor apertura a la diversidad, sugiere la posibilidad de que surjan mejores líderes a mediano plazo». Es la ética de la esperanza en el cambio generacional, una nueva morada que provea razones de celebración por el acontecimiento. Zenón de Paz propone una relectura de nuestra historia como ente social, considera que nuestro mayor problema es ontológico, «Es un problema del ser: llevamos cinco siglos queriendo y creyendo ser lo que no somos, negando ser lo que somos, actitud patente en el ubicuo y cotidiano acto de denigrar lo

indígena que nos constituye». El ser peruano es un asunto que para De Paz pasa por lo cultural, por trabajar el autoconocimiento colectivo, autoestima y proyección de patrones de vida deseables.

Culmino esta reseña con una crítica, que se alinea en el sentido de la esperanza por un Perú republicano que articule la diversidad cultural. Leer la obra deja la sensación de que la autoría colectiva está ausente, en el proyecto común al que se refieren son más excluidos, sus vidas, hitos históricos, problemas y aportes. Por justicia y equidad este ensayo debería quedar abierto, aún inconcluso. Así asumir su visión monocorde incompleta que radica en el desequilibrio expresado en voces que principalmente se dan desde el centro cultural geopolítico, académico, generacional. El intelecto y los saberes vienen y van al pueblo. La contradicción en el discurso que el texto es patente, dejan interrogantes en tensión ¿por qué la autoría de la mujer en la discusión del bicentenario no se halla en equidad? ¿Por qué la autoría de utopías desde provincias no alcanzó a concretar en textos? ¿Por qué solo voces solitarias y no compilar los ideales de colectivos en su diversidad? ¿Dónde dejamos los ideales de los peruanos que dejaron el territorio y sueña con retornar a la patria? El proyecto común del Perú republicano bicentenario exige no volver a esquivar las oportunidades.

PAUL MUNGUÍA BECERRA
*Universidad Nacional Mayor
 de San Marcos, Perú*
 pmunguiab@unmsm.edu.pe